



Un modelo para el discipulado

Muchas personas participan de la vida de los niños, adolescentes y nuevos creyentes, por lo que intencionalmente o no, asumen la función de ser formadores de discípulos o educadores religiosos. En muchos casos, el problema es que dichos cristianos con una función clave —padres, amigos, profesores y la congregación de la iglesia local— no están creciendo hacia “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo” (Efe. 4:13, NVI).¹

Al mismo tiempo, muchos creyentes adultos no saben cómo implementar las numerosas órdenes del Nuevo

Testamento que describen de qué manera los miembros de iglesia tienen que cuidar y apoyarse mutuamente,² porque no han visto un ejemplo vivo de esas conductas. La actual “religión del consumismo” resulta vacía e ineficaz. Como resultado, muchos jóvenes y nuevos creyentes carecen de modelos positivos de cristianismo y no saben cómo desarrollar una relación vibrante con Cristo.

Un modelo de crecimiento

El marco *Desarrollando juntos discípulos fructíferos* (DJDF) está diseñado para ayudarnos a pensar en forma más clara y profunda sobre el crecimiento —y nuestra propia madu-

rez espiritual y la de los otros— como discípulos de Jesucristo. Este modelo está basado en cuatro procesos en los que deberían participar todos los cristianos comprometidos. Aunque aparecen descritos individualmente no son procesos lineales o secuenciales. Más allá de su nivel específico de madurez, cada discípulo debería crecer en espiral en cada uno de los procesos en forma simultánea y aunque el cuarto involucra al individuo, es en la comunidad donde se implementa.³

El discipulado se produce en el ámbito de la vida diaria y dentro de relaciones fraternas en el cuerpo de Cristo; sus procesos y contenido no pueden quedar reducidos a una tabla.

KATHLEEN BEAGLES Y JUVENAL BALISASA

A pesar de ello, el marco DJDF ha sido diseñado para servir como esqueleto de las características básicas del discipulado, que pueden proporcionar una estructura alrededor de la cual los individuos, grupos e iglesias son capaces de organizar experiencias que edifican a los seguidores de Cristo. Los que se dedican a discipular a los demás pueden usar ese marco para crear eventos de aprendizaje para muchas áreas del discipulado, como por ejemplo la tarea de padres, mentores y docentes, además de facilitar los grupos pequeños.

Dentro del marco del DJDF, se definen los compromisos para cada uno de los procesos individuales, y estos se dividen aún más en aspectos claves del crecimiento espiritual que denominamos indicadores, que describen las características de una relación vibrante con Cristo.

Es así que la estructura de los *procesos, compromisos e indicadores* ayuda a definir el alcance tanto del discipulado como de la tarea de discipular. Gracias a la conducción del Espíritu Santo, tanto uno como el otro pueden ser evaluados usando esta estructura. Algunos compromisos e indicadores han sido tratados adecuadamente en contextos particulares de la práctica eclesial, mientras que otros han sido pasados por alto. Las evaluaciones basadas en este marco pueden ayudar a que los líderes y educadores adventistas tomen decisiones conscientes que mejorarán el discipulado y la forma de hacer discípulos en el cuerpo de Cristo —ya sea la iglesia, la escuela o el hogar.

Relacionar

Este proceso relacional se concentra en el vínculo del discípulo con Dios, consigo mismo y con los demás. Jesús expresó esta conexión en declaraciones como: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Juan 13:35). “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: ‘Ama-

rás a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 22:37-39). El proceso abarca no solo la manera en que los cristianos deberían relacionarse con Dios, sino también consigo mismos, sus familias, los demás creyentes y sus vecinos. Esto incluye el estar unidos como el cuerpo visible de Cristo (Efe. 1:22, 23; 2:16). Esta clase de conexión posee una dimensión social y comunal (Hech. 2:44), que le otorga a la iglesia el poder funcionar como un todo orgánico.

El discipulado cristiano se hace realidad en las relaciones humanas. Comienza con la respuesta al llamado de Jesús de conectarnos y habitar en él. Por medio de esa conexión transformadora llegamos a conocernos a nosotros mismos así como Cristo nos ha creado, a apreciar el valor infinito que tenemos para él, y a tener una percepción más equilibrada de nuestras fortalezas y debilidades. Solo así somos capaces de conectarnos con los que nos rodean, en forma más tangible y redentora.

Una relación dinámica y profunda con Cristo, a través del Espíritu, es la base del crecimiento en el discipulado. Al mismo tiempo, los creyentes desarrollan (1) una identidad individual que llega a ser completa en Cristo, (2) relaciones cristocéntricas dentro de sus familias y del cuerpo local y mundial de Cristo, y (3) relaciones positivas con las personas fuera del cuerpo de Cristo, con las cuales él anhela reconciliarse. De esta manera, los discípulos llegan a ser avenidas para administrar la gracia de Dios en sus diversas formas, dado que continúan fortaleciendo sus conexiones con él y con todos sus hijos.

Comprender

Este proceso es cognitivo, pero se le adiciona la experiencia. Fue expresado por Jesús por medio de las siguientes palabras: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Juan 8:31), y “Escrito está: ‘No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’” (Mat. 4:4).

Las relaciones crecen a medida que ambas partes desarrollan una comprensión más profunda de la identidad central de cada persona. Es similar a lo que sucede en una relación con Jesús. Por medio de las Escrituras, los seres humanos se encuentran con Dios y llegan a entender más claramente el carácter y la misión de Cristo. Es por ello que los discípulos necesitan aprender cómo estudiar la Biblia, hallar a Jesús en sus páginas, escuchar sus palabras y seguirlo. Leer y apreciar las Escrituras, así como obedecerlas y orar, son métodos por los cuales los creyentes tienen acceso a la presencia docente y transformadora del Espíritu Santo. En un sentido más amplio, por medio de la Palabra aprendemos lo que Dios quiere que seamos y hagamos, tanto en forma individual como corporativa. Así llegamos a comprender la manera en que la historia de nuestra vida encaja dentro de la gran historia de la salvación.

Para un discípulo en proceso de crecimiento, los compromisos esenciales implican la acción de encontrar a Dios por medio de las Escrituras y aprender más sobre la invitación de Jesús a ser su discípulo. Él nos llama para que nos acerquemos y “pongamos las cosas en claro” (Isa. 1:18, NVI); un encuentro que tiene que preceder a la obediencia plena y sincera a su Palabra. Por medio de una comprensión cada vez más profunda de la Palabra, los discípulos llegan a entender y aceptar esas verdades proposicionales: (1) Dios es la fuente de vida; (2) tenía un plan original pero los seres humanos cayeron y sufren las consecuencias; (3) él suple todo lo necesario para nuestra redención; y (4) ha provisto todo lo que necesitamos para la restauración de los seres humanos a su imagen. Esta cosmología bíblica es esencial para conocer a Dios y ser semejantes a él.⁴

Ministrar

Este proceso se relaciona con el servicio y el evangelismo. Jesús lo expresó así: “Respondiendo el Rey, les dirá: ‘De cierto os digo que en

cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mat. 25:40). “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:19, 20).

En respuesta al amor de Dios, los discípulos ministran a los demás. A medida que se conectan con Cristo y aprenden de su amor constante, sienten profundos deseos de invitar a otros para que también experimenten el gozo de ser sus seguidores. Sienten la obligación de compartir la historia de la obra del Espíritu Santo en sus vidas y de la bienaventurada esperanza de salvación por medio de la fe en Cristo.

Los discípulos buscarán oportunidades diarias de ministrar a los demás. Reconocerán y responderán a las necesidades de los sufrientes hijos de Dios. Compartirán la historia de Jesús con los miembros de la comunidad, amigos y colegas. Apoyarán los ministerios de la iglesia local y global con sus recursos personales, y abrazarán la misión de evangelización que tiene la iglesia.

Equipar

Este proceso combina el aspecto social y comunal y es responsabilidad tanto de los discípulos individuales como del cuerpo al cual pertenecen. El apóstol Pablo describió este proceso y la manera en que se hace realidad en la vida de la iglesia: “Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efe. 4:15, 16).

El apóstol describió a la iglesia como el cuerpo de Cristo y recaló la interdependencia de los miembros para lograr su misión. Esta metáfora nos ayuda a comprender que debemos

Dado que la primera orden de la comisión evangélica es ir, se ha enfatizado este aspecto dejando de lado la clara orden de estos versículos: hacer discípulos y enseñar-equipar. Se trata de “la gran omisión”, dado que estos procesos vitales están ausentes de muchos modelos de formación y desarrollo espiritual.

apoyarnos, alimentarnos y fortalecernos mutuamente. Es dentro de la iglesia que somos discipulados y de allí salimos equipados para discipular a otros.

La tarea de equipar, según es definida en el marco de DJDF, se concentra en que los cristianos se ayuden mutuamente por medio de los tres procesos: relacionar, comprender y ministrar. En la Biblia hay decenas de pasajes que incluyen la frase “los unos a [por] los otros”, y varios se refieren al proceso o tarea de equipar.⁵

Los cristianos en crecimiento poseen la oportunidad única, mediante el poder que les da el Espíritu Santo, de ser discipulados por otros cristianos y, a su vez, de dedicarse ellos mismos a ayudar a otros miembros para que también ellos experimenten el crecimiento espiritual. Los compromisos de capacitación reflejan las acciones de aquellos que están

cumpliendo la gran comisión de hacer discípulos, “enseñándoles a obedecer todas las cosas que [Cristo nos ha] mandado” (Mat. 28:19, 20).

Para un discípulo en crecimiento, la tarea de ayudar a que otros se conecten con Cristo a través de su Palabra mediante una vida devocional transformadora, constituye un compromiso esencial. También incluye ayudar a que otros discípulos cultiven relaciones de semejanza a Cristo; que estudien y obedezcan la Palabra de Dios; que vivan una vida cristiana contagiosa y plena; que discernan en qué instancia Dios está trabajando en todos los aspectos de sus vidas; que hagan uso de sus dones espirituales con el propósito de cumplir con el llamado personal a la misión y el ministerio.

Dado que la primera orden de la comisión evangélica es ir, se ha enfatizado este aspecto dejando de lado la clara orden de estos versículos: hacer discípulos y enseñar-equipar. Se trata de “la gran omisión”, dado que estos procesos vitales están ausentes de muchos modelos de formación y desarrollo espiritual.

El crecimiento cristiano abarca los aspectos de hacer discípulos y de enseñar, al igual que el de ministrar. Requiere que sirvamos a otros. Su función clave en la comisión evangélica —así como las frecuentes referencias bíblicas a la construcción de la comunidad de creyentes en todos los demás procesos— llevó a designar la tarea de *equipar* como un punto separado dentro de este modelo.

Este marco de DJDF afirma que los procesos individuales funcionarán de manera plena en la vida de los miembros del cuerpo cristiano solo en la medida en que esté funcionando el proceso corporativo y, viceversa, en una relación simbiótica. En el caso de los jóvenes y de los nuevos creyentes, el proceso corporativo podría afectar su crecimiento individual más que los procesos individuales de ellos al funcionamiento corporativo. Sin embargo, es importante que en cada nivel de madurez espiritual un discípulo que está en crecimiento esté discipulando

y al mismo tiempo siendo discípulo. La influencia de alentar, equipar y desafiarse mutuamente en amor, con el propósito de crecer hasta alcanzar la madurez en Cristo debería fluir con más fuerza desde la iglesia corporativa hacia los creyentes jóvenes y nuevos, ayudándoles a desarrollar sus relaciones de conexión, su comprensión y ministerio.

Las iglesias cristianas implementan el cuarto proceso, denominado equipar, de diversas maneras. Aunque aspectos de este proceso se hacen presentes en los objetivos de diversos ministerios (pastoral, niños y jóvenes, educación), los principios de esta tarea a menudo son descuidados. Se espera que un discípulo de un nivel procure responder a las necesidades de los discípulos de un nivel diferente, o de los que no son discípulos. Tiende a ser jerárquico en lugar de recíproco, y programático antes que relacional. Dado que muchos ministerios cristianos funcionan de esta manera (clases de Escuela Sabática, grupos de jóvenes y de estudios bíblicos), la estructura de ellos tiende a esconder la necesidad de los que ministran, aunque también necesiten ser discipulados.

El intento de la iglesia de implementar el proceso de equipar también puede ser visto en la educación religiosa, ya sea de manera formal (escuelas de iglesia), informal (iglesia, campamentos, etc.) o por medio de la socialización (hogar, comunidad). El proceso de educación se hace realidad en muchas áreas de la vida. Sin embargo, dentro de la iglesia, los que realizan la planificación no deben concentrarse en el aspecto cognitivo y excluir el relacional; es decir, no tienen que favorecer la información por sobre la tarea de compartir la fe y la experiencia personal (Deut. 6:4-9).

Las experiencias relacionales de la fe personal pueden ser de una influencia profunda en el proceso de discipulado. Sin embargo, los educadores religiosos de los ámbitos formales, no formales y sociales pueden olvidar que una forma de equipar (discipular) puede realizarse, o verse saboteada,

a través del “currículum oculto” de las vidas y actitudes de los demás creyentes. Las acciones de los miembros del cuerpo de Cristo, que los demás ven e imitan, pueden formar un “currículum oculto” que intercepta los objetivos del discipulado. Esta es la razón por la cual el Señor les dio a los israelitas adultos una orden en el SHEMA ISRAEL (Deut. 6:4-9). El tener “estas palabras que yo te mando” en sus corazones precedía a la orden de Dios de repetírselas a sus hijos. El sentido de pertenencia —a una familia, congregación o sociedad— influye sobre una persona para que imite al grupo. “La interacción periódica de los miembros de iglesia es una forma poderosa de educación, dado que influye la perspectiva por la cual los miembros interpretan la fe cristiana”.⁶ El “currículum oculto” puede producirse en cualquier contexto en el que exista el aprendizaje.

Desarrollando el reino de Dios

A partir de estos conceptos básicos sobre la tarea de discipular y de ser discipulados, surgió el marco DJDF, que puede ser usado para ayudar y guiar de manera deliberada e intencional a los demás creyentes con el propósito de prepararnos todos juntos para el reino de Dios.

Si desea saber más sobre el marco DJDF, visite <http://www.growingfruitfuldisciples.org>.

Este artículo ha sido sometido a una revisión de pares.

Kathleen Beagles, Ph.D., es profesora asistente del Departamento de Discipulado y Educación Religiosa del Seminario Teológico Adventista de Berrien Springs (Michigan, EE. UU.).



Ella representa a la Universidad Andrews en la

asesoría de la creación del marco Desarrollando juntos discípulos fructíferos.



Juvenal Balisasa, M.A., es capellán en la Universidad Valley View en Accra (Ghana), y está completando un Doctorado en Educación Religiosa en el Seminario Teológico Adventista de Berrien Springs (Michigan, EE. UU.).

REFERENCIAS

1. A menos que se indique lo contrario, todas las referencias bíblicas pertenecen a la *Nueva Reina Valera*, revisión 1995.
2. Por ejemplo, Mat. 7:12; Juan 15:12; Rom. 12:10; 14:3; 5:7; 1 Cor. 1:10; Fil. 2:4; Heb. 10:24, 25; 1 Juan 4:11, 12.
3. Ver el marco DJDF completo de manera gráfica, en p. 12.
4. Para consultar un artículo (en inglés) de Gordon Kainer donde se define el concepto de “cosmovisión bíblica” visite <http://circle.adventist.org/files/jae/en/jae201073021006.pdf>.
5. Por ejemplo, Zac. 7:9; Juan 13:34; Rom. 12:16; 13:8; 15:14; Gál. 5:13; 6:2; Efe. 4:32; Col. 3:13; 1 Tes. 5:11; 1 Ped. 1:22; 3:8; 4:9; 1 Juan 3:11, 23; 2 Juan 1:5; Heb. 3:13.
6. C. Ellis Nelson, *Growing Up Christian: A Congregational Strategy for Nurturing Disciples* (Macon, Georgia.: Smyth & Helwys, 2008), p. 97.